Antologías de cuentos

Amor, tiempo y muerte

Araujo T., Cunalata D., De la Cruz D.,
Suin A. y Verdesoto A.

Créditos

Autores

- Thaíz Araujo
- David Cunalata
- Dillan De la Cruz
- Alejandro Suin
- Ariel Verdesoto

Colaboración literaria

- Carlos Quilca

Ilustración

- Thaíz Araujo
- Alison Zúñiga

Revisión

- Caroline Lincango
- Daniela Soria
- Alejandro Suin
- July Quishpe

Diagramación y diseño editorial

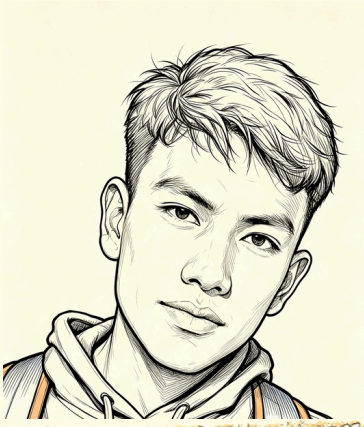
- Thaíz Araujo

Colaboración en el proyecto

- Mayerli Núñez

Primera edición: 2026
Lugar de publicación: Quito, Ecuador
© 2026. Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida, total o parcialmente, por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin la autorización previa y por escrito de los autores, excepto en los casos permitidos por la legislación vigente.
Los relatos, personajes y acontecimientos presentados en esta obra son de ficción. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es mera coincidencia, salvo cuando se indique expresamente lo contrario.

Alejandro Suin



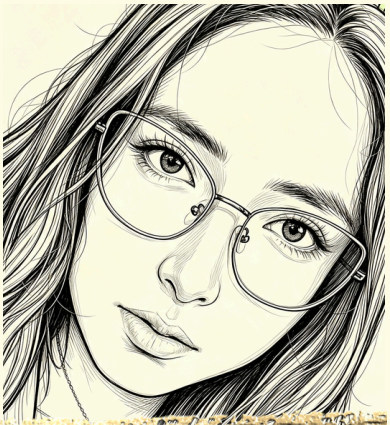
Carlos Quilca

Dillan de la Cruz

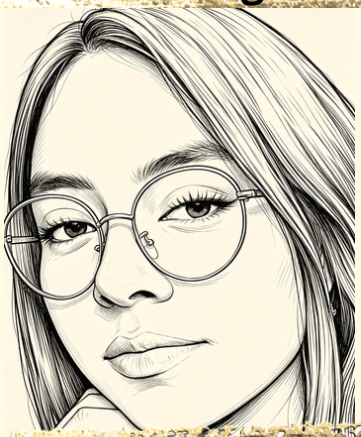
Mayerli Núñez

Caroline Lincango

Thaíz Araujo



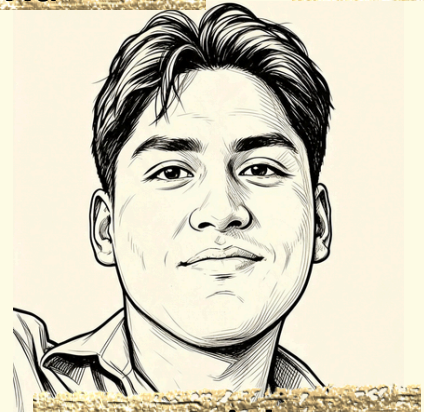
Alison Zúñiga



Daniela Soria

David Cunalata

July Quishpe



Ariel Verdesoto

Proyecto universitario

Asignatura: Literatura Comparada

Docente: Dr. Paúl Puma

Curso: Séptimo Semestre "A"

Trabajo: Creación de un libro ilustrado

Autores: Grupo de estudiantes de Séptimo Semestre

Quito – Ecuador

2026

“Amor, tiempo y muerte.
Tres conceptos abstractos que unen a todos los seres humanos: anhelamos amor, suplicamos más tiempo y tememos al silencio de la muerte.”

— Collateral Beauty

CONTENIDO

Prólogo 2

Introducción 7

CAPÍTULO I: AMOR 9

Mi amor 10

Once nudos 18

La pequeña niña de trapo 26

¿Bufanda? 30

CAPÍTULO II: TIEMPO 34

Agorafobia 35

Anodino 41

¿Déjà vu? 47

24 horas 55

CAPÍTULO III: MUERTE 61

La incertidumbre humana 64

Dolor se escribe con M 78

Protocolo Post Mortem 84

A blanco y negro 94

Epílogo 104

Introducción

Por Thaíz Araujo

Querido lector:

Has decidido abrir estas páginas y, al hacerlo, has aceptado un pacto silencioso con lo que habita en las sombras de lo cotidiano. No busques aquí la complacencia de una historia con final feliz, ni el refugio de una promesa cumplida. Lo que aquí encontrarás es el rastro, fino como un hilo de lana, constante como el minutero de un reloj, inevitable como el vacío, de aquello que se niega a desaparecer.

En estas historias, el amor no salva; insiste. El tiempo no cura; nos desvencija. Y la muerte no es un final, sino el momento en que, por fin, dejamos de ser el ruido de la máquina para convertirnos en el silencio del sistema.

Aquí, los conceptos abstractos que tanto nos definen: la necesidad de ser amados, el pánico a que los días se escurran entre los dedos y el terror a lo que aguarda al otro lado del latido, se han vuelto carne, texto y arquitectura.

Te encontrarás con seres que tejen su propia condena, conciencias que sintonizan frecuencias ajenas y recuerdos que, como parásitos, devoran la identidad. Te advierto que estas páginas no son un lugar seguro. Son, más bien, un espejo donde la realidad ha sido desmantelada para observar qué engranajes sostienen nuestra frágil voluntad. No intentes comprenderlo todo; a veces, la revelación es menos una respuesta y más una fractura.

Te deseamos que este recorrido sea, al menos, un testigo de tu propia persistencia.

CAPÍTULO I:
AMOR

En estos relatos, el amor no es un lugar seguro ni una promesa cumplida. Es un eco que insiste, una forma de recordar lo que ya no está o lo que nunca debió ser. Es una presencia que cambia de piel: se vuelve objeto, sombra, silencio, memoria. Se quedan habitando lo cotidiano como si aún tuvieran derecho a existir.

Aquí el amor no salva. Persiste, esa persistencia, duele. Porque amar, en estas historias, no es encontrarse...
es no saber cómo desaparecer del otro.

Mi amor

-Thaíz Araujo

En Vallequebrado un pequeño, pero adorable pueblo ubicado en las afueras de la ciudad vivía junto con mi mami.

Ella era la mujer más dulce del mundo. De cariño siempre me decía “mi amor”. Nos amábamos y nos protegíamos demasiado.

Recuerdo que todos los días, cuando el sol se ocultaba, a las ocho de la noche entraba por la puerta de mi habitación a desearme dulces sueños.
Pero un día, eso cambió.

Mamá dejó de entrar sola, ahora alguien nuevo la acompañaba a mi cuarto.
Nunca dije nada, los adultos siempre conocen gente y los traen a casa, pero él era distinto, no era igual que el resto.

I AMOR
MAMI
VALLEQUEBRADO

Después de sus visitas de las ocho de la noche me quedaba intranquila. Ya no podía dormir. Algo me atormentaba.

Empecé a tener pesadillas.

Un fantasma, un monstruo me visitaba diariamente a las 3 de la mañana.

Nunca hacía ruido.
No encendía luz.
Pero el aire cambiaba, como si mi cuarto dejara de ser mío.

Quise contarle a mi madre, pero no me dejó hablar.

—Duerme —me dijo— y me dio un beso en la frente con una ligera sonrisa que delataba su preocupación.

Ya iban a ser las tres de a mañana, el monstruo se acercaba otra vez. Le di varios nombres para que me dejará de dar miedo:

-Lobo
-Mr. Pulpo
-Hombre invisible
Pero ninguno funcionó.

PULPOLOCO
(Crazed Octopus)

Pasaron muchas noches, demasiadas para poder contarlas. Pasaron sin esperanzas de que algo cambiara, un 20 de octubre en una madrugada lluviosa, como de costumbre, Mr. Pulpo salía de mi habitación sin ruido..., sin luz... como un hombre invisible.

Esperé un momento mirando fijamente la puerta de mi habitación mientras él salía.

Pero esta vez... lo vi, vi al verdadero mounstruo: mi mamá.

Ella estaba al final de pasillo con los ojos brillando, como si hubiese acabado de llorar.

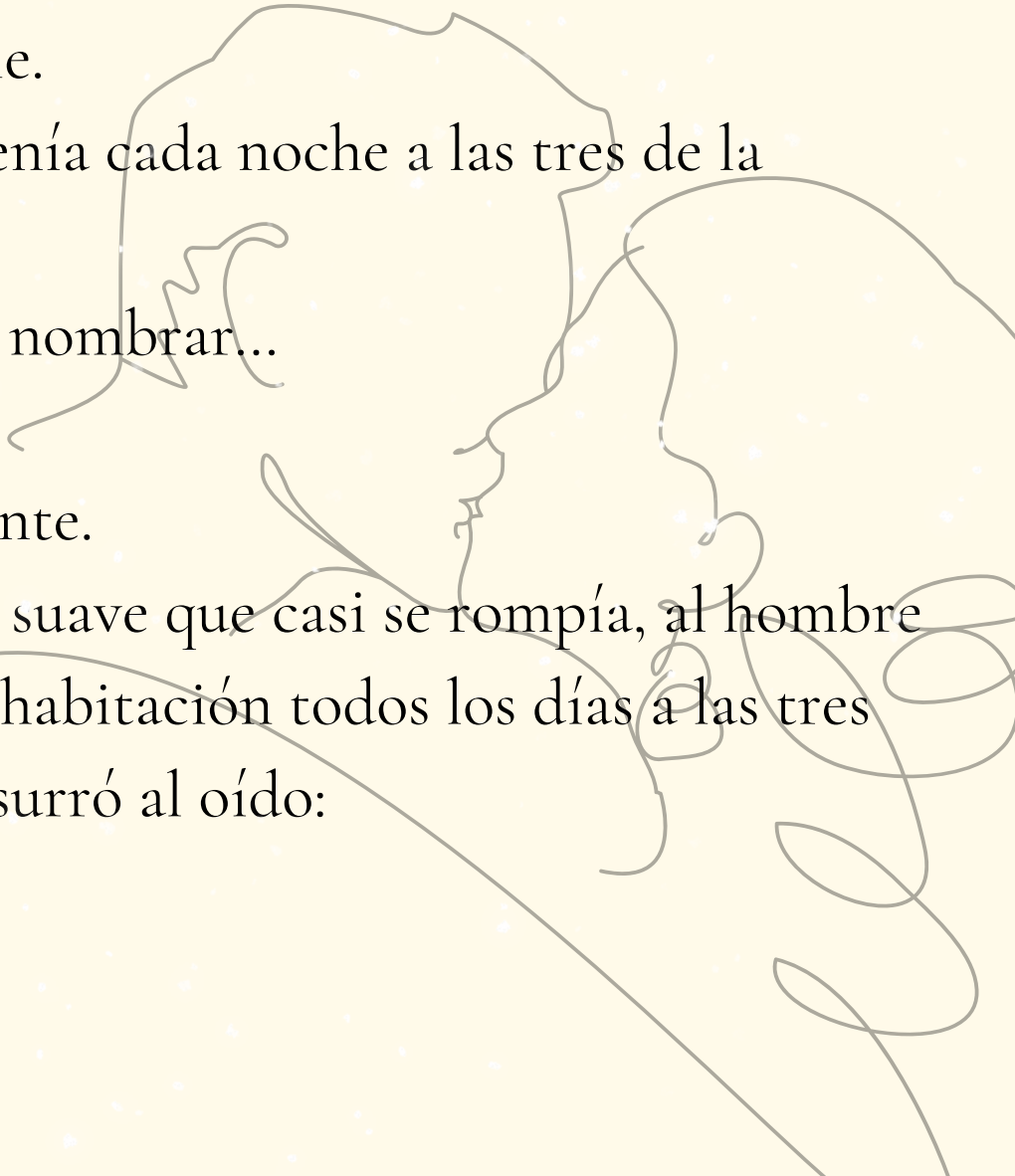
BRE 20
MI HIJO
HIJO
NVISIBLE
EL INVISIB
PULPO

Se acercó a él.
Y por un momento pensé que iba a decir o hacer algo.
Pero no hizo nada, absolutamente nada.

Sus manos temblaban cuando le acomodó la ropa a él.

Al lobo.
A Mr. Pulpo.
Al hombre invisible.
Al fantasma que venía cada noche a las tres de la madrugada.
Al que nunca supe nombrar...

Ella lo miró fijamente.
Y, con una voz tan suave que casi se rompía, al hombre que entraba en mi habitación todos los días a las tres de la mañana le susurró al oído:
—mi amor.



PULPO
EL INVISIBLE
OCTUBRE 20
EL QUE NUNCA SUPE NOMBRAR
—Mi amor.

ONCE NUDOS

-Thaíz Araujo

Yo la amo y yo sé que ella me ama a mí, solo a mí.

Su rostro es tan bello, es tan delicada, tan perfecta, como una muñeca, es... como un ángel.

Destaca por sus diversas cualidades que solo una mujer como ella podría tener: preparar tu comida favorita, hacer de sus brazos una dulce cuna cuando el día se pone pesado, y, sobre todo, en lo que más disfruto y es su especialidad; esa manera suya de llevarme al cielo en cuestión de segundos.

El día más feliz de nuestras vidas fue cuando nos casamos. Teníamos veintiocho años. Ahora solo yo he cumplido sesenta y dos.

Durante los primeros once años de casados, ella me enseñó a tejer. Sus manos se movían con una precisión que parecía imposible, como si supieran exactamente dónde debía ir cada hilo.

Me tejía todo: mis medias, mis abrigos de invierno. Era su forma de demostrar amor: con calor

LA TUTORA
ELLA

Yo aprendí. Aprendí cada puntada, cada nudo, cada forma de sostener lo que no debía romperse.

Tanto... que incluso aprendí a tejerla a ella.

Los últimos veintitrés años tuvimos que mudarnos. No me gustaba el lugar. Era pequeño, las paredes blancas, una cama de plaza y media; pero traté de no darle importancia porque estaba con ella.

Supongo que once años pueden apagar un poco el fuego, pero no el amor... al menos no el mío.

Ella se volvió distante. Ya no me hablaba como antes. Cada mañana tengo que salir de casa a caminar por aquel campo verde, ella se queda ahí, la dejo ahí acostada en la cama.

No me gusta dejarla mucho tiempo sola. Pero todos me dicen que eso me hará sentir mejor.

Al regresaba a casa, me acostaba a su lado. La abrazaba y noté que su piel ya no era delicada.

Era distinta... más suave, como la lana recién tejida.

Eso me recuerda a aquella noche de nuestro onceavo aniversario, en 1995. Le había regalado un vestido precioso para que lo usara en nuestra cena especial. Llegué temprano a casa ese día. Quería pasar más tiempo con ella, con el amor de mi vida... con mi vida entera.

Entré a casa y un silencio incómodo me aturdió la mente. Subí las escaleras con una ligereza extraña, buscando encontrarme con ella... con mi muñeca.

Pero la oí...

No era mi nombre el que decía. Los suspiros y los “te amo” no eran para mí.
Me acerqué a la puerta de nuestra habitación con el corazón en la garganta.

Y la vi...

Las sábanas estaban revueltas.

Dos formas entrelazadas sobre la cama.
Y el vestido blanco que le había regalado para nuestra noche especial, el que había tejido con mis propias manos, estaba tirado en el suelo.

Aquella noche cumplíamos once años. Once años exactos. Y, de algún modo, quise que ese número no se perdiera.

Así que lo dejé marcado en su cuerpo.

El vestido blanco que le había regalado terminó teñido de rojo. Al fin y al cabo... siempre fue su color favorito.

Pero yo la amo, y sé que ella me ama a mí.

Por eso no se ha ido... Por eso sigue aquí.

Ella, ella me enseñó a tejer... y yo la tejí. Puntada tras puntada.

Mi muñeca.
Mi esposa.

Dicen que vivo entre cuatro paredes blancas, vigilado desde un campo verde que nunca cambia.

Dicen que estoy en un manicomio; pero yo estoy en casa junto a ella.

XI
EL VESTIDO RGJO
LA PUNTA
ELLA ES LANA
VIGILANTES
XI

LA PEQUEÑA NIÑA DE TRAPO

-Dillan de la Cruz

Cuando salgo de casa, siempre paso por el bazar de una niña llamada Fernanda. Ella me mira y yo la miro..., pero solo un poquito, porque luego se me ponen los cachetes como tomate. Recuerdo tener una foto con ella cuando éramos muy pequeños; nuestros padres se conocían, así que en uno de mis cumpleaños la invitaron y aparecemos juntos en esa imagen.

Ahora, ya más grandes, no sabría distinguir qué tipo de mirada compartimos: si es de interés, de intriga o de miedo.

Un día, después de pensar tanto en que ella me gustaba, subí a la terraza de mi casa para tomar un poco de aire y ver las montañas. En eso, la vi salir sola y dirigirse a su bazar, algo inusual, porque siempre iba con su madre. Entonces me ajusté los pantalones y decidí ir a hablarle. Entré a su local y platicamos un rato, pero la conversación fue muy apagada; ella no mostraba interés. Aun así, en un papelito donde tenía anotado mi número, por si acaso, se lo dejé en sus manos, esperando que me escribiera.

FERNANDA
EL BAZAR
EL BAZAR
EL NÚMERO
OCTUBRE 20
EL QUE NUNCA SUPE NOMBRAR
HOLA FERNANDA
—¿Hola?
—(900) 336 4792

Luego regresé a mi casa, sintiéndome un tonto. Pasaron muchos días desde aquel papelito, y no recibí ni un solo mensaje. Sin embargo, esas miradas siempre estaban ahí: siempre nos veíamos, siempre estábamos en contacto de manera indirecta, conectados solo a través de los ojos. Pero, lastimosamente, no volvimos a cruzar palabra desde ese día.

Ahora ya soy mayor. Ya no me preocupa tanto que me mire, porque ya la tengo aquí... ya es solo para mí.
El compadre me dijo que esos muñecos son muy efectivos y que tenga mucho cuidado con las agujas.

En fin... ahora siempre me mira, incluso en la madrugada, cual sonámbula, desde la orilla de mi ventana.

EL BAZAR
EL BAZAR
EL NÚMERO
OCTUBRE 20
HOLA FERNANDA
EL QUE NUNCA SUPE NOMBRAR

¿Bufanda?

-Dillan de la Cruz

En mi pueblo hay gente de todo tipo, pero nunca faltan los vagabundos. Siempre están en las esquinas, con sus ropas rotas, remendadas y sucias. Sin embargo, hay uno en particular que llama la atención: siempre viste un traje formal y lleva flores en las manos. Flores aplastadas, sucias, marchitas, silvestres... pero siempre es un ramo.

Nunca supe por qué iba tan elegante ni de dónde sacaba las flores.

Hasta que un día, en las ferias de ropa, lo vi recogiendo los trajes que la gente dejaba botados. Ahí entendí que la ropa formal es la que más desechan. Pero aún me quedaba la duda de las flores.

Días después, lo vi otra vez. Esta vez arrancaba flores de jardines, de las calles, de la basura... incluso recogía flores artificiales. La curiosidad me pudo, así que decidí seguirlo a cierta distancia.

EL ELEGANTE
Y SUS FLORES

Lo vi adentrarse en una pequeña choza hecha con cobijas viejas, palos y restos de madera. Dentro, encendió unas velas, colocó unos platos en el suelo y cambió una botella de cerveza por el ramo de flores nuevas que había conseguido.

Luego, con un pequeño silbido hacia afuera, llamó a una perrita pequeña. Llevaba una bufanda de colores... la misma bufanda que siempre usaba otra vagabunda, una mujer que había muerto tiempo atrás por una sobredosis.

La perrita se sentó a su lado.

Compartieron un pedazo de pan en aquella pequeña cueva improvisada.

Entonces, el vagabundo, acariciándole suavemente la cabeza, le dijo en voz baja:

—Estas flores van a ser solo para ti.

YA ESTAS FLORES
VAN A SER SOLO PARA TI

CAPÍTULO II: TIEMPO

El tiempo se va a revelar como matrona caprichosa, poco constante, indiferente con la suerte de sus esclavos, entre quienes va a distribuir al azar recompensas y castigos.

-(Séneca, 2024. El Libro de Oro. Plutón Ediciones)

Agorafobia

-Alejandro Suin

He de confesar que mi cuarto está lleno de basura. Suelo dejar los platos sucios en el suelo y mi cama está cubierta de poemarios y hojas a medio escribir. Siempre tengo las luces apagadas y, obviamente, también uso cortinas gruesas por el sol. Creo que llevo dos años sin salir de casa; en este punto, me es difícil recordar cuándo me superó el miedo.

A lo largo de mi existencia, he pensado muchas veces en el suicidio. Pero no fue hasta hace algunas semanas que lo planeé meticulosamente. No iba a hacer algo demasiado desagradable, pues no quería traumatizar a quien encontrara mi cuerpo. Así que me decidí: limpié el cuarto, lavé la ropa y me bañé. Cuando estuve a punto de colgarme, recordé que no había escrito el poema para mi despedida.

Esto me irritó. Volví a poner la silla en el escritorio y me senté a pensar. ¿Qué poema podría poner un punto final? Después de toda una noche, escribí la primera estrofa. Cuando desperté, releí los versos y los odié. Borré todo para sentarme a escribir de nuevo. Este proceso se repitió unas cuantas veces; cansado, decidí que no dormiría hasta acabarlo.

Y así continué, hasta que, luego de algunas vigilias, pude ver cómo las palabras discurrían y cambiaban de forma. Ya no podía pronunciarlas y, asimismo, tampoco recordaba el significado de ellas. Fui corriendo al diccionario en busca de nuevas. Es ahí donde encontré el verbo “desvencijar”. Antes de que perdiera su forma, traté de conjugarlo. Primero en pasado: desvencijé. Presente: desvencijo. Futuro: desvencijaré. Pero, para cuando traté de hacerlo en el presente del subjuntivo, ya no podía recordar su significado.

desvencijar

Solo me quedaba una palabra: mi nombre.
Alejandro, Alejandro, Alejandro, Alejandro, A-lej- andro. Le busqué morfemas y lexemas; prefijos y sufijos. Traté de estirar las letras para que me alcanzaran al futuro y, como no pude, me resigné.
Dejé de intentar escribir el poema. Volví a ponerme la soga y empujé la silla.
Cuando abrí los ojos, pude recordar cada palabra.
Me acosté en el piso y lloré.

MEMORIA RELCORIA · CADICOLR RELABRIA ·
ALEJANDRO,
ALEJANDRO,
ALEJANDRO,
ALEJANDRO
ALEJANDRO
PREF.
SUF.
LEXEM.

Anodino

-Alejandro Suin

No es que me fuera indiferente el rechazo de María, pero solo fue eso: un rechazo. Nos conocimos hace varios años y, por mi mal carácter, resultamos contrariados en aquella época. Fue aquel encuentro lo que me determinó a cambiar. Saldría todos los días a hacer ejercicio, tomaría clases de poesía; quién sabe, tal vez podría adquirir algún pasatiempo opulento. Y así fue durante varios meses.

Cada mañana, al despertar, trotaba durante cuarenta minutos. Mientras lo hacía, miraba el reloj de forma esporádica para confirmar si ya había acabado el tiempo. Luego, me duchaba y arremetía a uno de mis momentos más ansiados del día: comer. Siempre traté de alargar este acto; sin embargo, parecía que, mientras más disfrutaba, más rápido avanzaba el minutero.

Iba a la universidad en un viaje de una hora con treinta minutos. Cuando llegaba, solía optar por las escaleras en lugar del ascensor, de tal modo que, al terminar el día, mi contador de pasos mostraba el número de 14 000. Al volver a mi casa, cenaba y corría durante 20 minutos. Me tiraba a la cama y, sin darme cuenta, el sol volvía para que yo repitiera este acto.

Para cuando me reencontré con María, ya me había familiarizado con algunos versos extravagantes y pseudointelectuales. Es así que solo bastaron dos semanas para comenzar a salir. Quizá eso fue un error, pero, cuando se quiere, el tiempo parece fugaz y nos dio miedo que se nos acabara.

Dos meses después, me encontraba en la puerta de su departamento mientras ella me dejaba. No pude pensar en algún ruego para que se quedara; cogí el poemario que le presté y empecé a caminar de regreso a casa. Al fin y al cabo, solo eran 20 minutos. En medio del trayecto, encontré un parque y me senté para descansar. Fue ahí cuando sentí el golpe.

Los recuerdos empezaron a flotar frente a mí. Podía sentir el tiempo de los últimos dos meses en mi piel. Era como si tuviera capas y capas de ropa en un día tórrido; cada respiración se volvía más pesada y el sudor comenzó a llenar el cuello de mi camisa. Los recuerdos, uno por uno, me absorbían y me arrojaban después de sentirlos por una vida entera. Con el paso de cada uno, me distorsionaba cada vez más hasta no recordar nada que no fuera ella.
Cuando acabó, no sabía por qué me encontraba en aquel parque. Me levanté y miré el reloj: habían pasado cinco minutos. Sacudí mi pantalón y seguí caminando.

¿Déjá vu?

-Ariel Verdesoto

Durante toda mi vida he tenido dos cosas recurrentes, los incesantes dolores de cabeza y el presentimiento extraño de que no soy enteramente yo. Querida melatonina que me permite olvidar esas preguntas. Si tuviera que resumir mi vida en una palabra, sería imposible, pero, sin dudas, tengo la valentía de ser yo en cualquier lugar. Aunque no muchos consideren eso contextual.

¿Mi nombre? Lo de menos, han pasado varios días que un dolor persiste en mi cabeza, mucho más persistente de lo normal. ¿Por qué sucede eso? No termino de entender, me enfrasco en diarios monólogos que no terminan logrando nada bueno, solo golpear mi espíritu. Honorables los humanos que pueden subsistir a sus demonios.

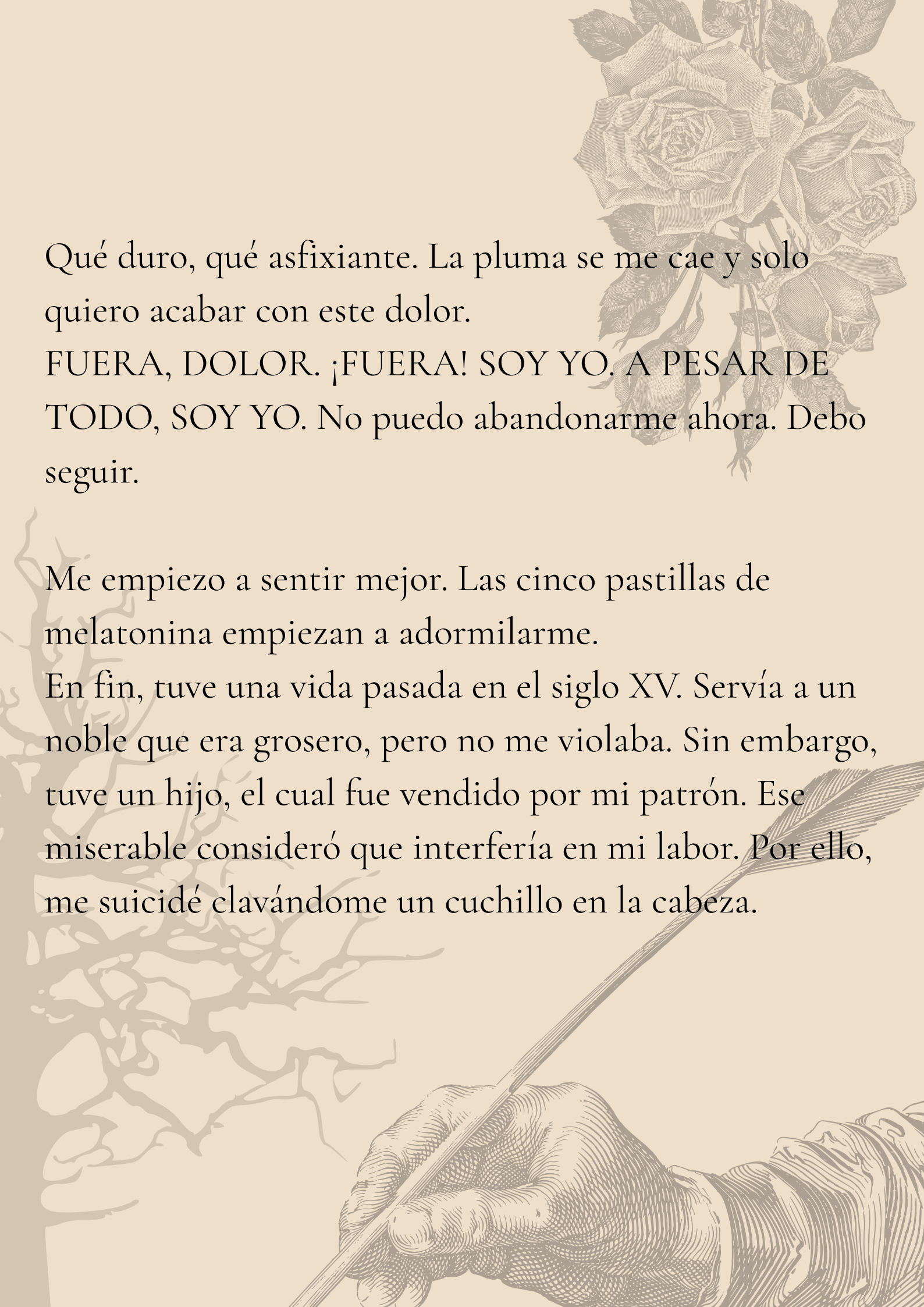
VALLEQUER

Ya son tres días sin dormir y cada vez siento más cerca una digna revelación o un desenlace final; la que llegue, bienvenida sea. Escribo esto para intentar dialogar con mi yo, que ya no siento tan cercano. A pesar de todo esto, por mi cabeza vuela una idea incesante que, como todo ser humano, se adorna de curiosidad.
El esoterismo no lo termino de entender. No es ciencia; incluso podría añadir que es una pseudociencia. Pero es probable que mi respuesta no se logre de un modo convencional, sino mediante métodos extraños y fuera de lo común. En dos horas iré y espero no dejar atrás mi sentido del yo.

Mi mente no para de dar vueltas; la pluma corrió hacia mí. No puedo callar lo vivido; tengo que hacerlo antes de que me consuma. Siempre tuve un estigma de nacimiento contra estos rituales, pero terminó siendo muy revelador. Mario, el esotérico, me comentó que me esperaba y solo reí. Poco a poco empezó a desnudar lo desconocido: no mis intenciones, sino mi alma y sus vidas pasadas.

Qué duro, qué asfixiante. La pluma se me cae y solo quiero acabar con este dolor.
FUERA, DOLOR. ¡FUERA! SOY YO. A PESAR DE TODO, SOY YO. No puedo abandonarme ahora. Debo seguir.

Me empiezo a sentir mejor. Las cinco pastillas de melatonina empiezan a adormilarme.
En fin, tuve una vida pasada en el siglo XV. Servía a un noble que era grosero, pero no me violaba. Sin embargo, tuve un hijo, el cual fue vendido por mi patrón. Ese miserable consideró que interfería en mi labor. Por ello, me suicidé clavándome un cuchillo en la cabeza.



SOLD

A ese punto no terminaba de sentir los hilos, pero sí sentía el ardor cuando me mencionaba a tal duque; también la tristeza de una maternidad arrebatada.

Mario me comentó que mis persistentes dolores de cabeza se debían a que mi yo del pasado se había suicidado a esa misma edad, en esos mismos días. Terminé de cerrar el hilo.

Por azares del destino, esos dolores y las pastillas no pudieron conmigo. Intento lidiar con esa revelación. El tiempo..., nunca pensé que podía doler así. Perdí mi sentido del yo y temo no volver a encontrarme.

24 horas

-Ariel Verdesoto

La sociedad moderna ha infundido varios mitos de origen mitómano. Nos jactamos de haber superado a nuestros antepasados, pero esos dichos no han desaparecido; incluso han sido loados. «Todos tenemos las mismas veinticuatro horas» es una sentencia dictatorial de quienes no tienen sentido del contexto.

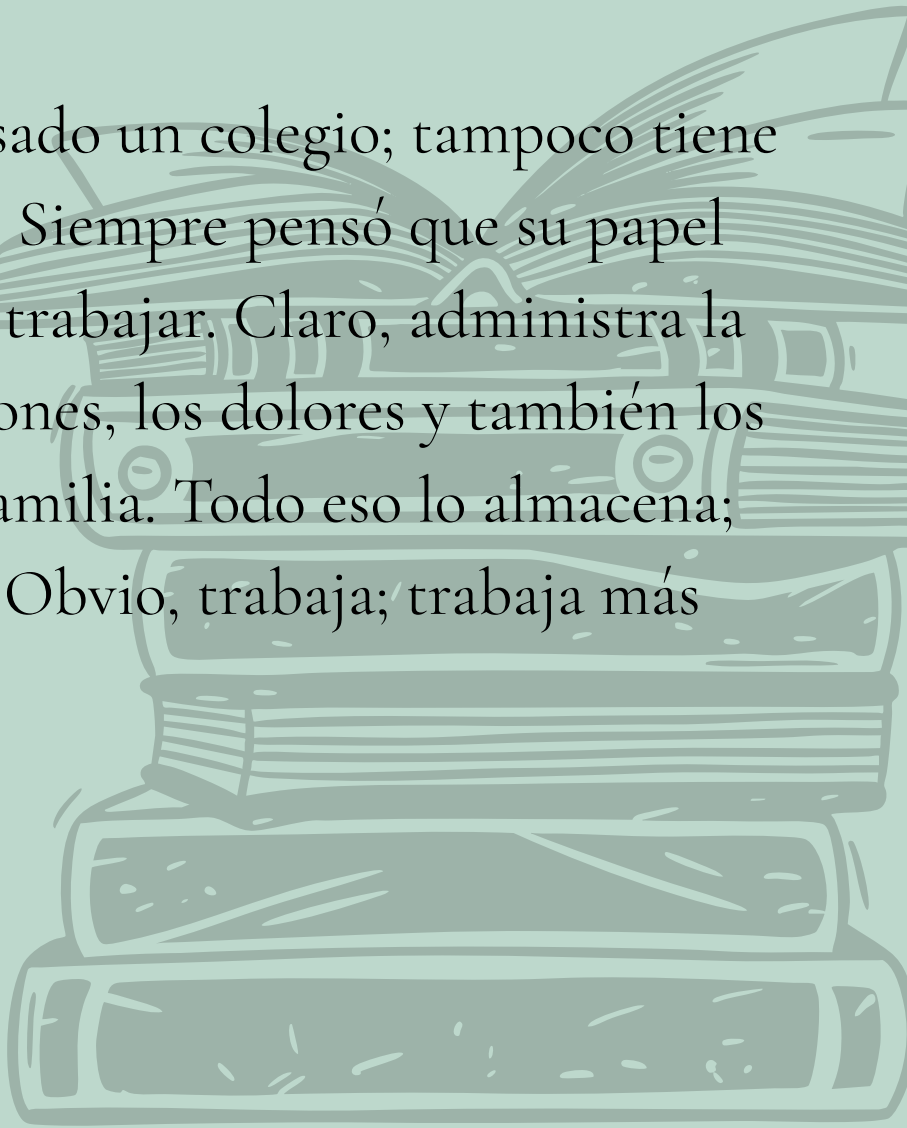
Una sociedad alienada, con una psicosis extrema.

Nicole, una persona escogida por la vida y el futuro, goza de distintos placeres. ¿El más embelesador? El poder. Impone voluntades y designa culpables con una rapidez milimétrica. Al final, es una tradición familiar desviar propósitos y, por supuesto, fondos.

Durante toda su vida, se le hizo creer que todo lo tenía merecido; nunca se le regaló nada. Mitómanos, mil veces malditos. Y el problema no es la nula visión, sino la nula capacidad de cambio, pues ella piensa firmemente que todos tenemos el mismo tiempo; por lo tanto, el éxito familiar no se le debe a nadie. La sociedad la aplaude, anhela ser como ella y se crea un círculo podrido, difícil de romper.

Alejandro nunca ha pisado un colegio; tampoco tiene intenciones de hacerlo. Siempre pensó que su papel era el de administrar y trabajar. Claro, administra la escasez, las preocupaciones, los dolores y también los desahogos de toda su familia. Todo eso lo almacena; no sabe dónde dejarlo. Obvio, trabaja; trabaja más duro que nadie.

.



Al final, piensa que ese es su rol en la vida; no cree en un cambio a futuro. Nunca se le permitió creer. No tiene 24 horas; desde que nació, la vida ya lo jodió, le robó. Más de 12 horas trabaja; con eso, sus hermanos pueden dormir y comer, no como reyes, pero en el hambre el diente es gustoso. Él es un héroe, un gran héroe. Sus hermanos lo veneran y se sienten seguros, pero no saben que tiene cirrosis terminal; el alcohol lo ha matado. Solo queda su cuerpo aquí.

No sabemos qué será primero, si su muerte o un comentario diciendo que él no se esforzó y que merece esa vida. País idiota, que no ve nada, solo resultados. Pero no siempre será así. No siempre se verá al caído así; el tiempo pondrá todo en su lugar. No en 24 horas, tampoco en 24 años. No sé cuándo, pero lo hará. Se vivirá según las voluntades.

.

CAPÍTULO III:
MUERTE

“La muerte, temida como el más horrible de los males, no es, en realidad, nada, pues mientras nosotros somos, la muerte no es, y cuando ésta llega, nosotros no somos”.

-Epicuro

La muerte

-David Cunalata

La muerte siempre ha sido concebida como un final; sin embargo, observada con profundidad, no constituye una excepción dentro del universo, sino su ley más constante. Todo sistema colapsa, toda estructura termina cediendo ante el tiempo, la entropía y el desgaste de la existencia: las estrellas, los imperios, los cuerpos, los recuerdos... incluso las ideas.

Pero la muerte no es únicamente ausencia o silencio. También puede ser símbolo, misterio, filosofía e incluso belleza convertida en arte. En estos relatos, la muerte no solo pone fin a las historias; las revela, las transforma y, en ocasiones, les concede una forma de eternidad.

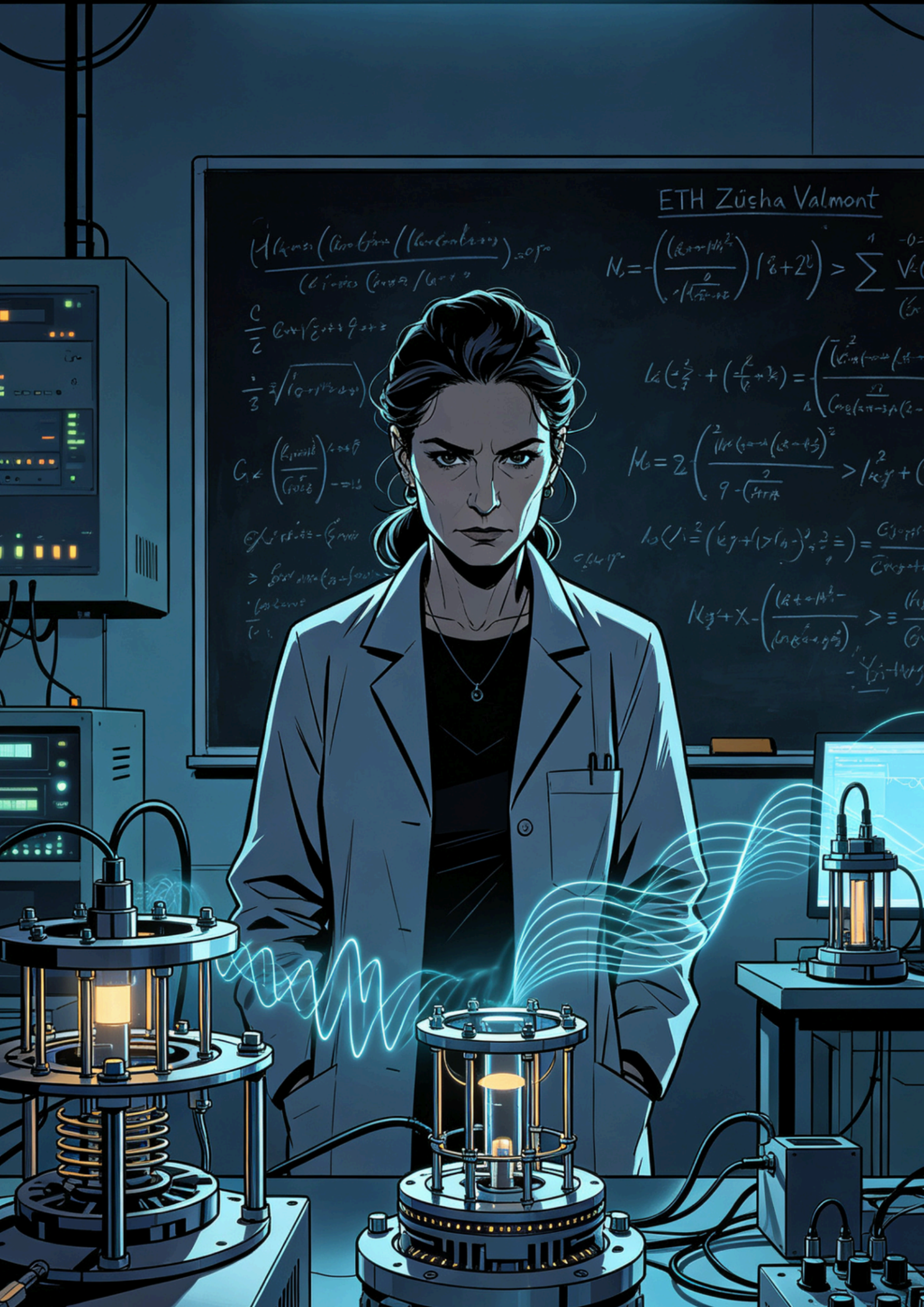
Espero que tengas una lúgubre lectura.

La incertidumbre humana

-David Cunalata

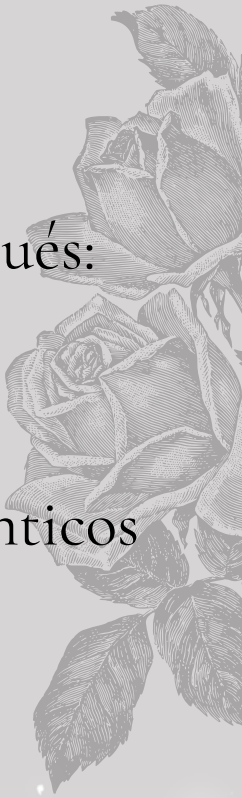
La doctora Désirée Yadira Valmont pasó doce años intentando resolver un problema que la filosofía había fracasado en explicar durante milenios: ¿qué ocurre con la consciencia cuando el cerebro deja de funcionar?
No le interesaban las respuestas religiosas, las consideraba mecanismos psicológicos diseñados para reducir la ansiedad existencial. La idea del alma, según ella, era una consecuencia evolutiva inevitable en una especie consciente de su propia mortalidad. La muerte era demasiado absoluta para que la mente humana la aceptara sin fabricar consuelo.

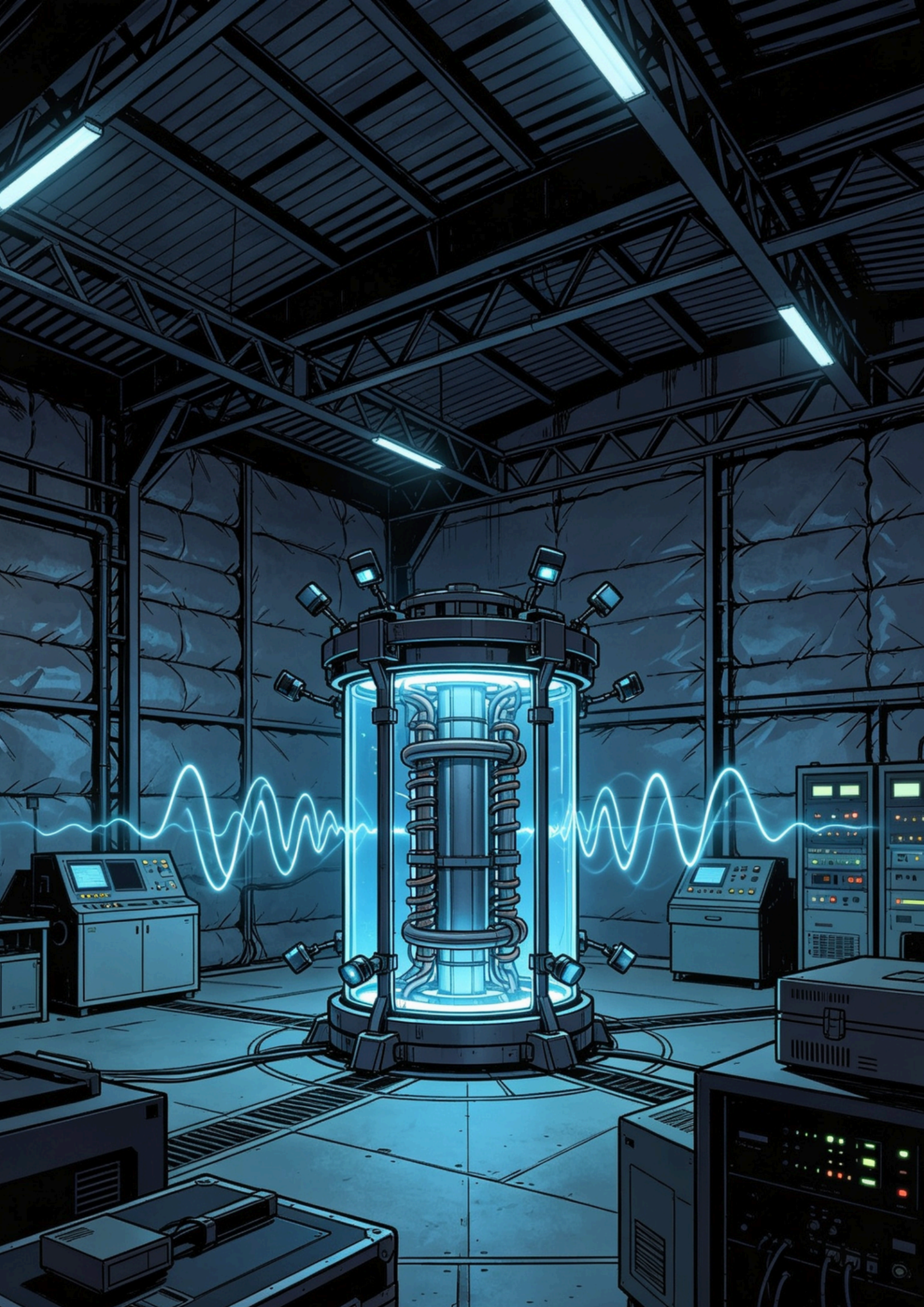
Yadira enseñaba Física Cuántica y Teoría de Sistemas Complejos en la ETH Zürich. Sus investigaciones se centraban en un concepto extremadamente controvertido: la consciencia como fenómeno emergente no local.
La hipótesis era simple y aterradora.
El cerebro no generaba consciencia.
La sintonizaba.


ETH Zücha Valmont

Como una radio interpretando frecuencias invisibles. Si eso era cierto, entonces la muerte no destruiría la consciencia; simplemente rompería la estructura biológica capaz de organizarla en una identidad estable. El «yo» sería apenas una configuración temporal dentro de algo infinitamente más grande. Eso la aterraba, porque implicaba que la individualidad humana podía ser una ilusión neurológica.

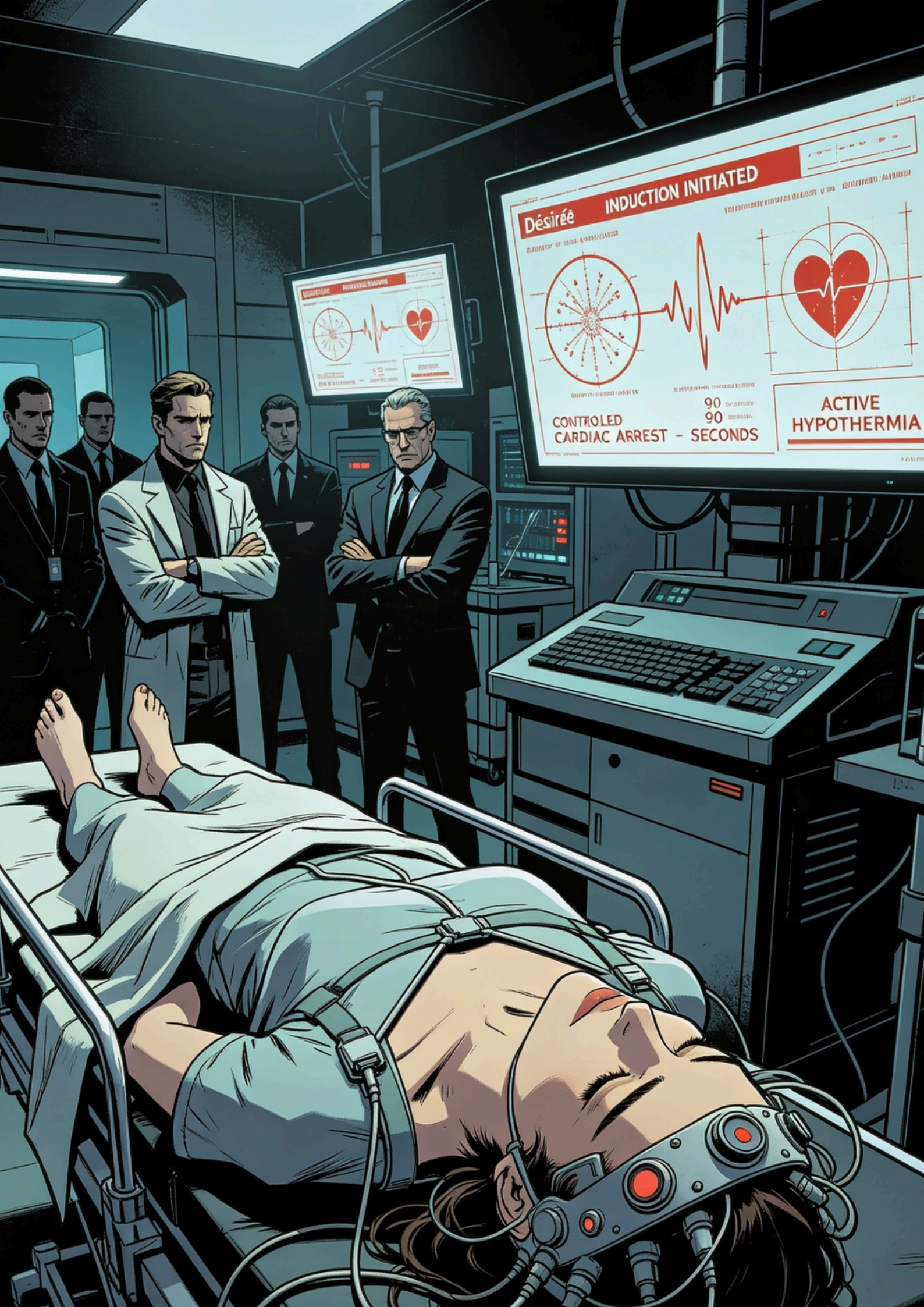
El Proyecto Orfeo nació en secreto tres años después: un laboratorio construido bajo los Alpes suizos, sensores SQUID superconductores, cámaras de aislamiento electromagnético y procesadores cuánticos capaces de registrar actividad neuronal en escalas inferiores al milisegundo.





El objetivo oficial era estudiar la actividad cerebral durante estados cercanos a la muerte.
El verdadero objetivo era otro:
establecer comunicación con una consciencia después de la muerte clínica.
La mayoría de los científicos abandonaron el proyecto cuando Désirée anunció la fase final del experimento.
Ella misma sería el sujeto de prueba.
—Esto es suicidio asistido —dijo uno de los investigadores.
—No —respondió Désirée —. Es observación.

El protocolo era preciso.
Inducción de paro cardíaco controlado durante noventa segundos. Hipotermia terapéutica para reducir el daño neuronal. Nanointerfaces conectando directamente su corteza cerebral con la computadora central. Si algo persistía después de la muerte clínica, el sistema lo registraría.


Désirée
INDUCTION INITIATED
CONTROLED
CARDIAC ARREST - SECONDS
90
90
ACTIVE
HYPOTHERMIA

La noche del experimento, Yadira permaneció inmóvil sobre la mesa metálica del laboratorio.
Electrodos implantados sobre los lóbulos temporal y frontal.

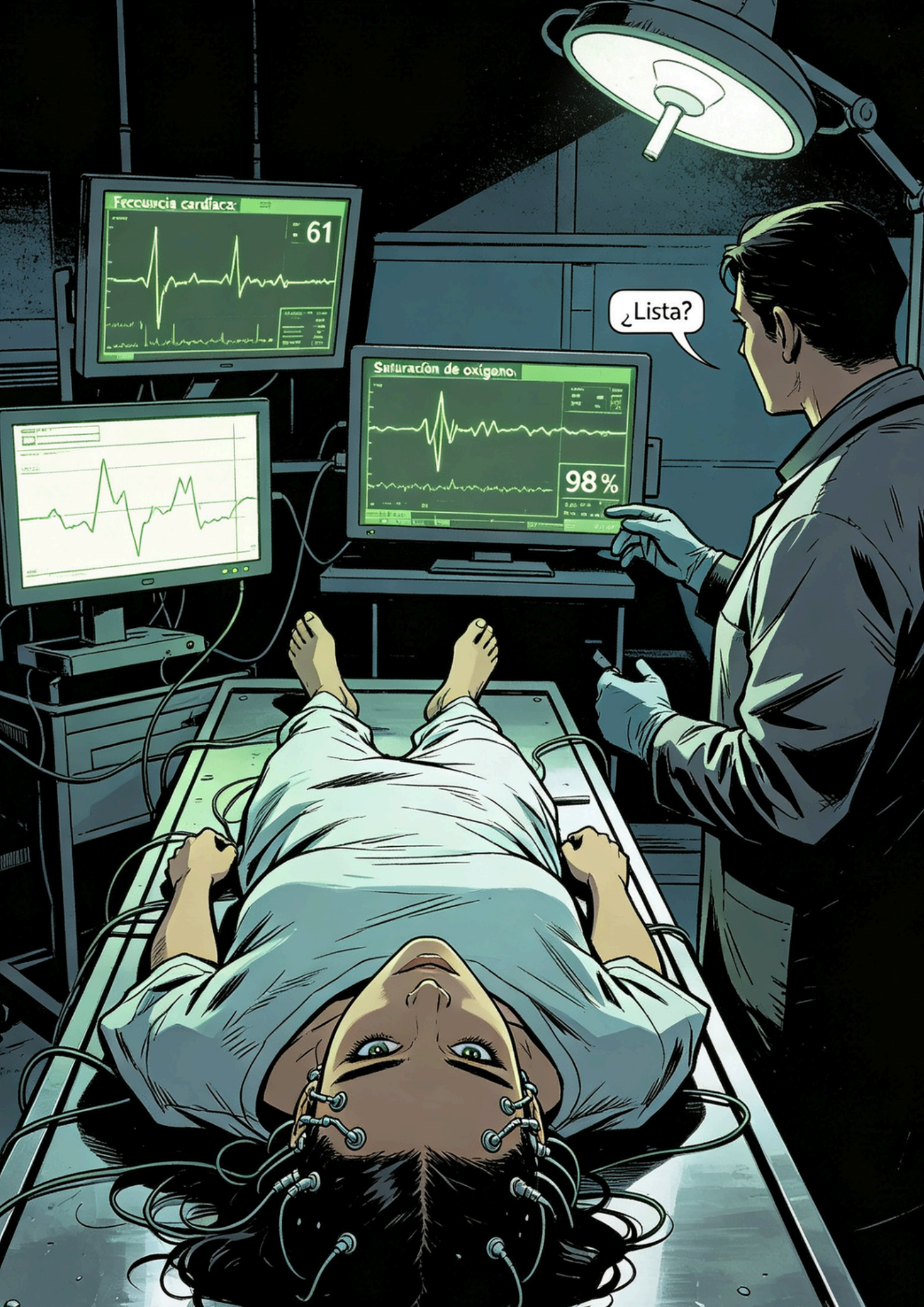
Frecuencia cardíaca: 61.
Saturación de oxígeno: 98 %.

Frente a ella, las pantallas mostraban líneas verdes moviéndose lentamente.

—¿Lista? —preguntó el asistente.

Yadira tardó unos segundos en responder.

—Toda filosofía nace del miedo a morir. Quiero saber si ese miedo tiene razón.
A las 02:14 inició el procedimiento.
El sedante entró lentamente en su torrente sanguíneo.
Su frecuencia cardíaca descendió.


Frecuencia cardíaca
: 61
Saturación de oxígeno
98%
¿Lista?

La sensación no fue dolorosa. Eso fue lo primero que descubrió. La muerte no se parecía al sufrimiento. Se parecía al silencio. Un silencio progresivo, como si el mundo comenzara a alejarse centímetro por centímetro. 02:16:08.

Asistolia. La línea cardíaca se volvió recta.
En la sala de control nadie habló. Pero el monitor cerebral continuó activo. Y entonces ocurrió.
La actividad neuronal aumentó un 340 %.
Los patrones dejaron de parecer biológicos. Las ondas comenzaron a organizarse en secuencias geométricas imposibles, fractales repitiéndose infinitamente sobre sí mismos. La inteligencia artificial emitió una alerta.
Patrón autorreferencial detectado.

Uno de los investigadores palideció.
—Dios mío…

Porque la pantalla acababa de mostrar texto. No provenía del sistema. Provenía de Désirée.

Sigo aquí.

La sala quedó inmóvil. Los mensajes comenzaron a aparecer uno tras otro.

No hay luz.

No hay tiempo.

No hay cuerpo.

Uno de los asistentes empezó a llorar. La señal continuó.

La consciencia no desaparece.

Se dispersa.

Las ondas cerebrales alcanzaron niveles imposibles.

412 %.

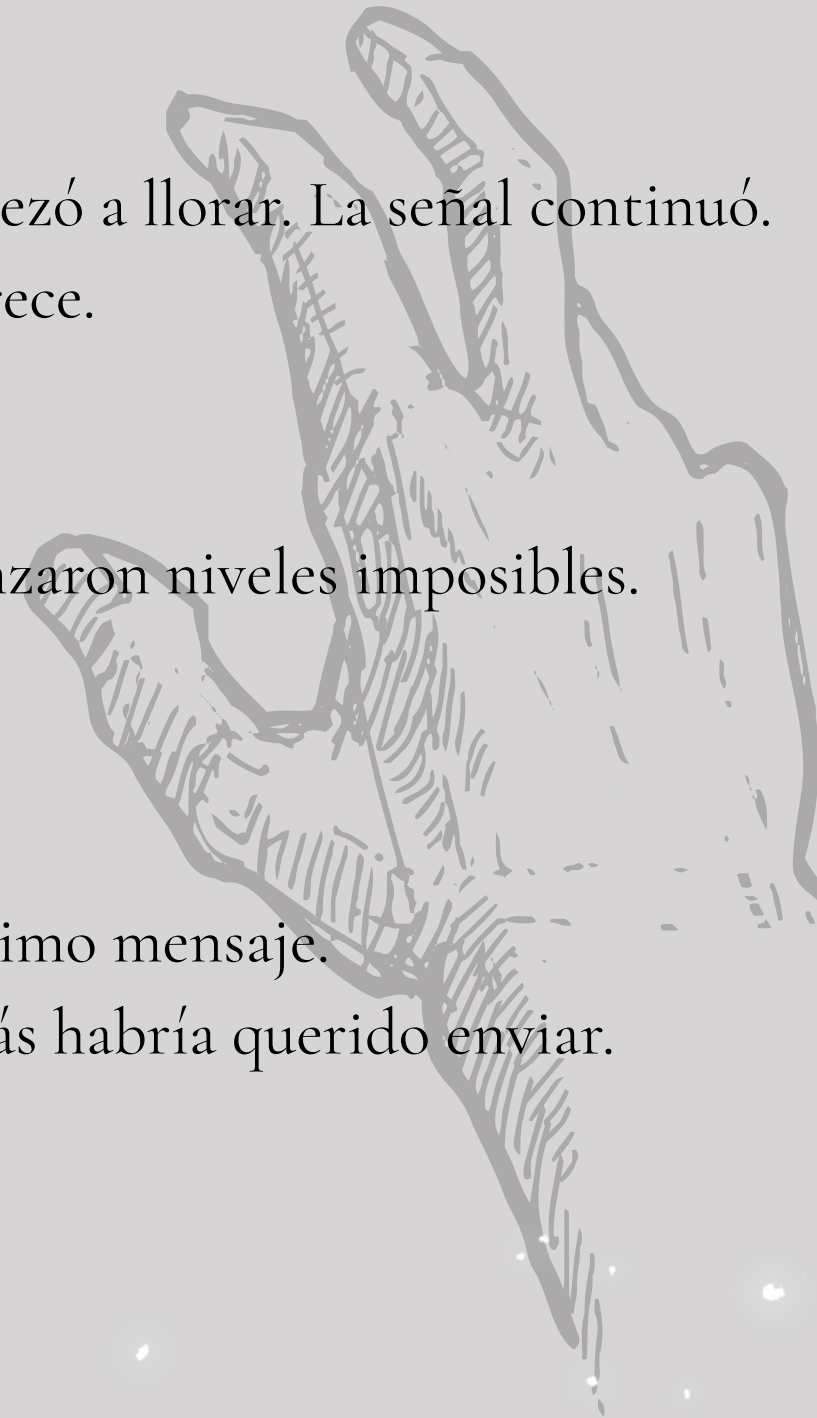
689 %.

901 %.

Y entonces apareció el último mensaje.

El único que Désirée jamás habría querido enviar.

El vacío no está vacío.



La temperatura del laboratorio descendió abruptamente. Los monitores comenzaron a fallar. Y durante exactamente cuatro segundos, todas las pantallas del Proyecto Orfeo mostraron la misma frase: Algo nos observa cuando morimos.

Cuando lograron reanimarla noventa segundos después, la Dra. Valmont seguía viva. Pero nunca volvió a hablar. Solo escribía ecuaciones. Miles de ellas. Fractales. Geometrías imposibles. Modelos matemáticos de algo que, según los análisis posteriores, no podía existir en un espacio tridimensional.
En la última hoja encontrada dentro de su habitación había una única frase, repetida treinta y siete veces: «Ahora entiendo por qué el cerebro humano necesita inventar el alma.»

PROYECTO
ORFEO -
- FINAL
ID: 4138309
ID: 4128309
DATE: 12 OCT 202X

Dolor se escribe con M

-Thaíz Araujo

Su amante se llamaba M.

Al principio juegas a que no pasa nada. Un «te veré mañana» rutinario, un beso en la frente. Lamentablemente, no lo notas a simple vista; hay que tener el alma rota para entender que, mientras tú preparas el café abajo, tu padre sufre en silencio. Le está siendo infiel a tu madre. Lleva meses haciéndolo con ella.

M no pidió permiso, vino sola, con pasos tan ligeros que ni el suelo crujió. Una conquistadora paciente, fría, milimétrica. Lo sedujo con el truco más viejo del mundo: se le pegó al cuello y le repitió su propio nombre al oído hasta que él se lo creyó.

M

Mi padre se convirtió en la manzana de la discordia entre M y yo. Las dos sabíamos lo que valía. Era oro puro. Pero en este juego no hay custodia compartida: solo una podía quedárselo para siempre.

Cuando él aceptó a M, el tiempo se volvió loco. Envejeció diez años en un solo día. La noche le resultó mucho más placentera que el amanecer; cerrar los ojos era lo único dulce que le quedaba en la lengua. Dejó de comer. Se consumió tanto que sus huesos terminaron calcando los de ella. Eran dos calaveras mirándose de frente.

El final fue un descaro. M ni siquiera esperó a que me diera la vuelta para reclamar su propiedad. Me lo confirmó en la cara, abrazándolo delante de mí. Lo abrazó con una caja.

M

Sabes que estás jodido y que no hay vuelta atrás cuando la caja atrapa el cuerpo y la tierra se lo traga de un bocado.

M ganó, otra vez.

A mí me tocó quedarme lúgubre, habitando el eco de su derrota.

Porque M no juega.
M ejecuta
M espera

Nunca retes a M.
M nunca pierde.

Protocolo Post Mortem

-David Cunalata

La muerte, según la neurofisiología moderna, comenzaba mucho antes del último latido. El corazón podía detenerse, la respiración desaparecer y aun así, durante algunos segundos, millones de neuronas continuaban disparando impulsos eléctricos en una última tormenta bioquímica. La Dr. Alana Bloom llevaba quince años estudiando ese fenómeno. Para ella, morir no era un misterio filosófico; era una secuencia de datos, una ecuación biológica que podía medirse, almacenarse y, eventualmente, comprenderse.

Aquella noche descendió solo al nivel subterráneo del Instituto Kronos, diecisiete metros bajo roca volcánica, donde la temperatura permanecía fija en dieciocho grados y las paredes, recubiertas de aleaciones paramagnéticas, bloqueaban cualquier interferencia externa.

En la cámara de aislamiento reposaba el sujeto K-14. Varón. Sesenta y ocho años. Glioblastoma terminal. Consentimiento firmado.

Ciento veintiocho microelectrodos habían sido implantados directamente sobre su corteza cerebral, conectando el cerebro moribundo con una red de procesamiento cuántico experimental desarrollada por la ficticia NeuroSys. El objetivo era simple: registrar los últimos treinta segundos de consciencia humana.

—Comienza protocolo —ordenó Alana.

Las pantallas se iluminaron.

Frecuencia cardíaca: 42.

Presión arterial: 70 sobre 40.

Saturación de oxígeno: 81%.

Yadira observó en silencio mientras el electroencefalograma trazaba líneas verdes perfectamente definidas.

21:43:18.

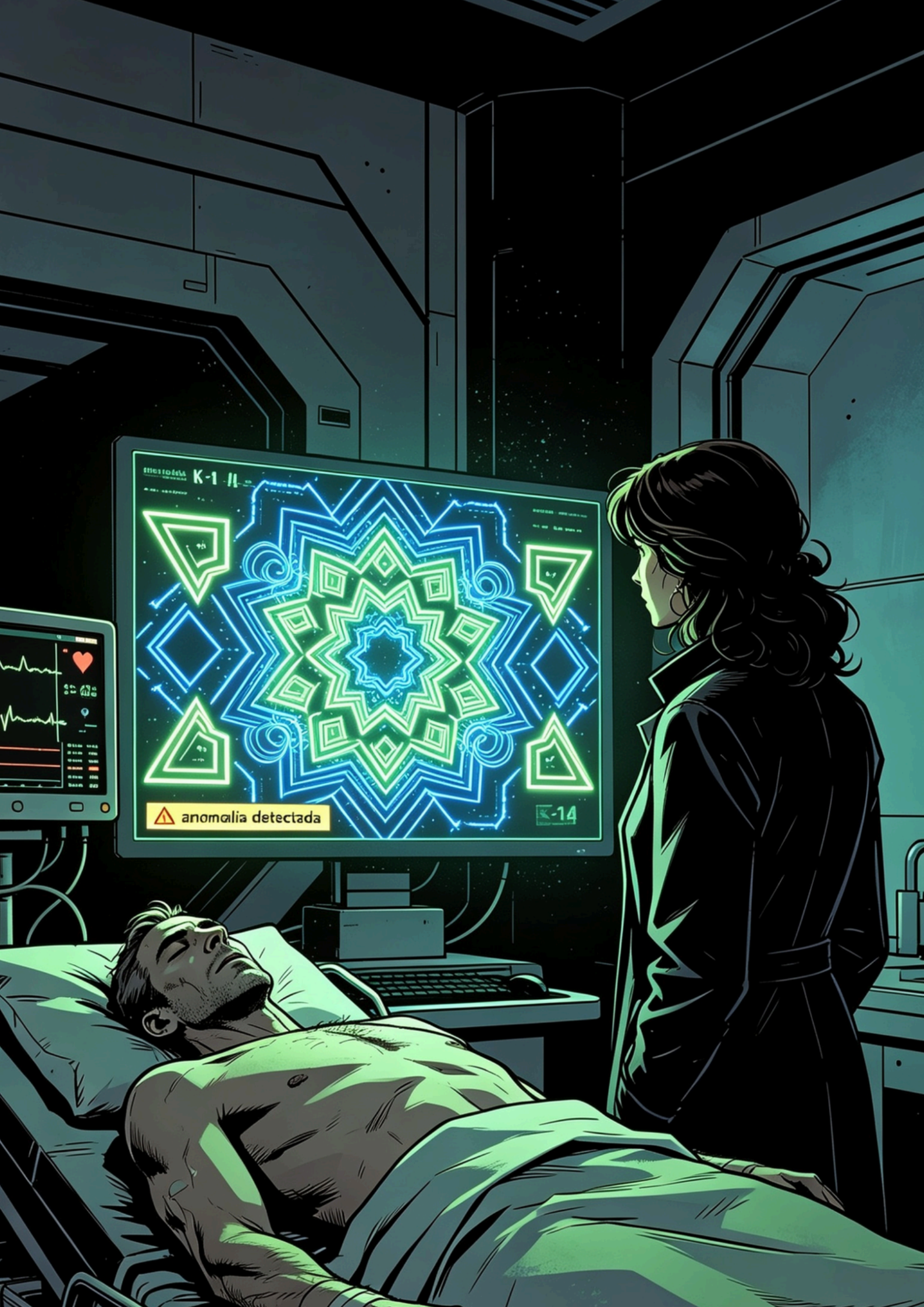
Frecuencia cardíaca: 28.

21:43:31.

Actividad cortical: incremento del 214%.

Heart Rate
42
70/40
70/40
81%
Subject K 14
81
214% increase in cortical activity

Normal, pensó. Hipoxia terminal. Liberación masiva de glutamato. Descarga neuronal previa al colapso.
Entonces llegó el momento.
21:43:46.
Asistolia.
La línea cardíaca se volvió recta.
Silencio absoluto.
La técnica detrás del vidrio levantó la vista.
—Hora de muerte, doctora.
—No todavía.
Alana no miraba el monitor cardíaco.
Miraba el cerebral.
Porque la actividad, en lugar de desaparecer…
Aumentaba.
No eran espasmos eléctricos ni ruido de fondo.
Eran patrones.
Simétricos.
Repetitivos.
Matemáticamente imposibles.
La inteligencia artificial emitió una alerta:
anomalía detectada.


K-1
anomalia detectada
K-14

Alana acercó el rostro a la pantalla.
—Ejecuta transformada de Fourier.
Los datos cambiaron de ondas a secuencias binarias.
Filas interminables de impulsos convertidos en símbolos.
Su respiración se volvió más lenta.
Aquello no era actividad biológica.
Era información.
—Decodifica.

Durante tres segundos, nadie habló.
Después, el monitor mostró una única frase.
la muerte no es el final del procesamiento.
La técnica retrocedió.
—¿Quién está enviando eso?
Alana revisó el origen de la señal.
Y por primera vez en toda su carrera sintió auténtico miedo.

La muerte no
es el final del
procesamiento

Origen:
INTERNO
La señal provenía del cadáver.
En ese instante, el sujeto K-14 abrió los ojos.
Sus pupilas estaban completamente dilatadas. Sin reflejo.
Sin vida.
Pero observaban directamente a la Dr. Bloom

MORPHEUS emitió una segunda alarma.
dos fuentes de señal detectadas
—¿Dos...? —murmuró Alana.
Giró hacia el monitor secundario.
Y allí vio su propio electroencefalograma.
Activo.
Transmitiendo.
Aunque no tenía un solo electrodo conectado a su cabeza.
En la pantalla apareció el último mensaje.
doctora Bloom... usted murió hace treinta segundos.
Y entonces comprendió que el sonido que acababa de desaparecer del laboratorio...
No era el de la máquina.
Era el de su propio corazón.

A blanco y negro

-Thaíz Araujo

Siempre fui alguien que cuidaba su imagen. Me gustaba llamar la atención, que la gente me mirara. Por eso, cuando hace seis meses mi rostro empezó a aparecer en cada rincón de la ciudad, sentí un orgullo secreto e inexplicable. No recordaba haber firmado ningún contrato de modelaje, pero ahí estaba yo: mi cara pegada en los postes de luz, en los parabrisas de los coches, en los informativos de la televisión, en las redes sociales y en las paredes de las estaciones de metro. Era una fotografía en blanco y negro, un primer plano de mis ojos mirando fijamente a la cámara. Me pareció una campaña artística brillante. "Por fin me reconocen", pensaba cada vez que caminaba por la calle y veía a la gente detenerse a mirar mi foto con el rostro desencajado... raro.

Esta mañana me desperté con una sensación extraña, como si me pesara el aire. Al bajar a la cocina, vi a mi madre. Estaba pálida, con unas ojeras profundas que le devoraban la cara y sosteniendo el teléfono con las manos temblorosas.

—¿Mamá? —le dije, acercándome—. ¿Qué pasa?

No me contestó. Ni siquiera parpadeó. Salió corriendo de la casa como si la persiguiera un demonio, subiéndose al coche a toda prisa.
Desconcertado, me subí al asiento trasero antes de que arrancara. Le hablé todo el camino, le pregunté por qué conducía tan rápido, por qué ignoraba mis bromas. Pero ella solo sollozaba, apretando el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos.
El silencio dentro del coche se me empezó a clavar en los oídos como agujas.
Dejamos atrás la ciudad y nos adentramos en un terreno baldío a las afueras, un bosque espeso, gris y devorado por la niebla de diciembre.

Al detenernos, el pánico me dio el primer zarpazo en el estómago. El lugar estaba infestado de patrullas. Las luces rojas y azules de los policías destellaban contra los árboles desnudos, tiñendo la niebla de un tono violento. Mi madre bajó del coche tropezando, llorando a gritos. La seguí de cerca, sintiendo un frío irracional que no venía del viento, sino de mis propios huesos.

Nos abrimos paso entre los arbustos. Nadie nos detuvo. Los policías miraban a mi madre con una lástima aplastante, pero a mí... a mí nadie me miraba. Pasé al lado de un agente y noté que su cuerpo no se apartó, ni mis hombros rozaron los suyos; fue como si yo fuera una simple corriente de aire helado.

Llegamos al centro del claro. Acordonado con cinta amarilla, sobre la tierra húmeda y las hojas secas, había un bulto. Una silueta humana completamente cubierta por una manta térmica azul.

POLICE

Un detective se acercó a mi madre y le susurró algo que no logré escuchar debido a un zumbido ensordecedor que empezó a crecer dentro de mi cabeza. Ella se tapó la boca, cayendo de rodillas sobre el lodo.
—¿Qué pasa aquí? —grité, desesperado poniéndome en medio—. ¿De quién es ese cuerpo?

El detective extendió la mano y, con una lentitud tortuosa, comenzó a retirar la manta para que mi madre identificara el cadáver.
Primero aparecieron unas zapatillas de lona. Las mismas que yo llevaba puestas. Luego, unos vaqueros oscuros, rasgados y cubiertos de tierra seca. El zumbido en mi cabeza se convirtió en un chillido agudo, insoportable. Mi vista bajó a mis propias manos: estaban pálidas, semitranslúcidas, y no reflejaban la luz de las patrullas.
Cuando la manta cayó por completo, el mundo se detuvo.

El rostro atrapado en la tierra era el mío. Pero no tenía la mirada limpia de mis mañanas. Tenía la piel amoratada, los ojos abiertos y vidriosos apuntando al vacío, y el cuello marcado por una violencia muda. Era la viva imagen de la putrefacción de seis meses bajo tierra.

En ese instante de pánico absoluto, mi mente conectó las piezas con la fuerza de un rayo: los seis meses de mi rostro en las paredes de la ciudad, las miradas horrorizadas de la gente, los llantos de mi madre. No era una campaña de moda. No era fama. Eran los carteles de **DESAPARECIDO.**

Todo este tiempo no había estado viviendo. Había estado vagando, atrapado en el eco de mi propio asesinato.

DESAPARECIDO
DESAPARECIDO
DESAPARECIDO
DESAPARECIDO
DESAPARECIDO
DESAPARECIDO
DESAPARECIDO
DESAPARECIDO

Epílogo

Por Alejandro Suin

El trabajo del escritor es apilar las palabras perfectas en el orden correcto para levantar una torre. El trabajo del lector es escalarla y descubrir qué se oculta detrás de aquellas palabras. Tal vez, desde el ápice, alcances a ver si el amor es ese líquido viscoso que se adhiere a las manos o, por el contrario, un alcázar de altos muros donde refugiarse. Tal vez pases noches enteras intentando comprender estos cuentos; tal vez descubras que toda una noche cabe en cinco minutos. Tal vez encuentres lo que buscas. Tal vez no. Al final, la muerte llegará igual, indiferente a tus respuestas. Tal vez esto te produzca náusea. Pero... ¿y si el amor nunca termina de comprenderse, el tiempo nunca deja de escapar y la muerte nunca responde nuestras preguntas? Quizá el propósito de estas historias no era ofrecer certezas, sino recordarnos que algunas preguntas merecen seguir abiertas.

Fin